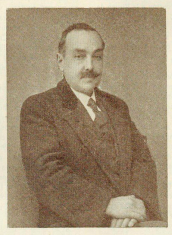
BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

Apuntes para una biografía



Ramón Vergés Pauli

trovador de la Cinta y cantor de las tradiciones tortosinas

(1874-1938)

En estas dos fechas se encierra una vida humilde consagrada, con cariño y constancia, al servicio y culto de Tortosa. La vida entera de un hombre erudito, tierno, fervoroso y patriota, cuya evocación es oportuna en estos días tan nuestros, y por esto también tan suyos, en los que parece adquiera relieve su personalidad.

Con tesón admirable, con ejemplar perseverancia, con enternecido amor, aquel hombre iba recogiendo datos, interrogando a las gentes, buceando en archivos, desempolvando papeles, y de su labor —callada y paciente— nacieron unas páginas admirables que tituló, con gran acierto, «ESPIURNES DE LA LLAR». Chispas encendidas de amor, que brotaban de la «llar» tortosina, y que por un buen hijo de esta tierra iban siendo recogidas, traducidas a nuestra lengua vernácula y ofrecidas a la Virgen de la Cinta, «la marcela del seu cor».

Sencillo y humilde, como el Santo de Asís, del que era gran devoto, no apetecía gloria alguna para sí. Cantaba las de su tierra y las de su Virgen, honradas en estos días con especiales fervores, y en sus escritos volcaba su corazón ansioso de despertar en los demás ese amor patrio que todos llevamos en nuestra alma, pero que en muchos parece dormir.

Una admirable ponderación entre la inteligencia y el sentimiento, presidе los escritos de Ramón Vergés Pauli. Con lenguaje fluído y tierno, espontáneo y característico de esta nuestra lar tortosina, describió las costumbres de la tierra que le vió nacer (1), cantó sus tradiciones, escribió monografías, divulgó la devoción a la Virgen de la Cinta —*la nostra Cinteta*, como él la llamaba con cariño— y, para regalo de nuestro espíritu, nos dejó los seis tomos de sus ya famosas «ESPIURNES DE LA LLAR», cuyas imperecederas páginas, gratas y luminosas, destacan en su varia y notable producción.

Acariciando la publicación de otras obras que tenía en proyecto, le sorprendió el Alzamiento Nacional, y aunque su persona fué por todos respetada, los peligros de la guerra le alejaron de la ciudad querida, en busca de cobijo más seguro. Lo halló no lejos de ella, sin salir de la tierra tortosina por él tan apasionadamente amada, y si bien logró ponerse a salvo del peligro de las bombas, no pudo librarse de las privaciones y penalidades que la guerra trajo consigo. Y ellas aceleraron su muerte.

Unos años antes había finalizado una de sus poesías, dedicada a la menor de sus hijas con motivo de su primera comunión, con estas estrofas, que, a la vez que su amor de padre, ponen de relieve la bondad de su corazón y lo arraigado de sus creencias:

«Jesús, dolcíssim Rabbí,
jo'n vull de creu, vull patí;
mes, per esta Comunió,
la creu, a ma filla, no;
dóname'n dos per a mí!»

Y Dios, que a nadie deja sin cruz, pesada o ligera, oyó su ruego y le envió las dos cruces que había pedido para él. No pudo, sin embargo, soportar su peso, realmente excesivo en aquellas circunstancias y aquellas estrecheces, y víctima resignada de una guerra fratricida y cruel, cuyos peligros quiso evitar, dió plácidamente su espíritu al Señor, en Illa de Mar, el 7 de agosto de 1938.

Tortosa, reducida a un montón de ruinas por aquel entonces, estaba desierta. Evacuada totalmente la ciudad, se hallaban sus hombres dispersos por esos mundos de Dios. En el de aquí, los que sufrían; en el otro, en el de la eterna vida, los que, tras un martirio cruento, habían dejado de sufrir. Estos le recibirían, sin duda, como en la Gloria debe recibirse a los hombres justos que

(1) Vió la luz primera en la casa n.° 5 de la antigua Plaza de la Fuente, hoy de Agustín Querol, el 25 de junio de 1874.

Vergés Pauli, dirigió «El Restaurador» y ocupó el cargo de redactor-jefe de «Correo de Tortosa», en su segunda época. Colaboró en «La Verdad», «Diario de Tortosa», «La Zuda», «Germanor» y «Heraldo de Tortosa», y sucedió al prestigioso Dr. D. Gerardo Vergés Zaragoza en la dirección de la piadosa y lindа revista «La Santa Cinta».

Pero por encima de esa fecunda labor periodística está su obra folk-lórica y su apasionado amor a la Virgen de la Cinta, de cuya Archicofradía era Archivero. Como historiador, nos ha dejado monografías tan interesantes como «Les Cases dels Estudis i l'Hospital de la Santa Creu», «La devoció dels Consellers a la Verge de la Cinta», «L'Ermita de Mig-Camí», «Lo milacre de la

Camisería Vallespí
ESPECIALIDAD EN CAMISAS A MEDIDA
San Blas, 2, y Ulla Carlist, 1
CASA FUNDADA EN 1892
TORTOSA

Bomba» y otros varios trabajos, escritos casi todos en nuestra lengua privativa, sin apartarse jamás de la variación dialectal tortosina, que procuraba destacar.

Escritor ameno y castizo, supo relatar el ayer lejano con interés de actualidad, y como poeta supo impregnar sus producciones de ese grato sabor de la tierruca que trae hasta nosotros el lejano aroma de unos tiempos idos, que nos hizo revivir con naturalidad y maestría.

Estos primeros días septembrinos eran para él días de delicia. Por eso parecen, por su atmósfera impregnada de sano y santo tortosinismo, los más indicados para rendirle, con estas líneas —humildes también como él—, el homenaje de gratitud y admiración que le debemos todos, y muy particularmente aquellos que, a más de deleitarnos con su obra literaria, fuimos honrados con su amistad.

* * *

Era en 1898 cuando, prologado por D. Federico Pastor y Lluis, el eximio autor de «NARRACIONES TORTOSINAS», un joven de 24 años, que se mostraba ya como una esperanza de las letras patrias, publicaba un pequeño volumen de inspiradas poesías castellanas, recogidas bajo el título de «Violetas». Desde entonces, los que fueron sus amigos y habían sido sus compañeros de estudios le llamaron también a él «Violeta», y al motejarle amistosamente con este nombre que tan bien le cuadraba, hemos de reconocer que estuvieron más acertados de lo que en su fino humor se figuraban, ya que D. Ramón Vergés Pauli, el joven autor de aquellas «Violetas», semejaba, por su modestia, una violeta más, y hasta me atrevería a decir que lo parecía también por el perfume, que perfume de flores del bosque, aromas exquisitos de la tierra tortosina, emanan de todas sus obras, empapadas de aquellas agradables fragancias que traen a nuestra memoria, con el recuerdo de lugares queridos y de horas memorables, aquel sutil aroma de las cosas viejas, conservadas entre maderas de olor y botellines de esplego.

Conocida su obra literaria, quiero destacar ahora su humildad, tan grande como aquélla y tan sincera como la estimación que sentía por su Tortosa y sus tradiciones.

Teniendo méritos más que sobrados para serlo, no fué académico, ni miembro distinguido de ninguna corporación, ni tuvo otros títulos, ni más diplomas, que yo sepa, que los muchos que ganó jamás desmintieron con sus hechos el profundo arraigo de sus santas convicciones. Los otros, los que en esta tierra hubimos —de una u otra forma— de dejar la nuestra, no nos enteramos, en nuestro solitario y apartado retiro, de que le habíamos perdido para siempre.

Y solo, sin amigos ni admiradores, sin una representación de la Ciudad cuyas glorias cantara de cien maneras, fué llevado su cadáver al cementerio de La Cava en espera de poder ser trasladado al de esta Ciudad, en el que hoy reposan sus restos.

Al reorganizarse de nuevo la vida en la patria del que fué su fervoroso cantor, no volvieron ya a publicarse aquellos añorados periódicos —diarios y semanarios— en cuyas columnas vieron la luz tantos de sus escritos, y quizás por ello no se ha honrado su memoria como reclaman sus méritos.

Desde que en 1890 publicó en «El Correo de Tortosa» el primero de sus artículos, no cesó jamás de escribir para Tortosa y para los tortosinos. Fundó el semanario «La Esperanza» y, años después, en 1908, «La Libertad», de carácter regionalista, que se publicó bajo su dirección durante más de un lustro. Fué redactor de «El Correo Ibérico», dirigió «El Restaurador» y ocupó el cargo de redactor-jefe de «Correo de Tortosa», en su segunda época. Colaboró en «La Verdad», «Diario de Tortosa», «La Zuda», «Germanor» y «Heraldo de Tortosa», y sucedió al prestigioso Dr. D. Gerardo Vergés Zaragoza en la dirección de la piadosa y lindа revista «La Santa Cinta».

Pero por encima de esa fecunda labor periodística está su obra folk-lórica y su apasionado amor a la Virgen de la Cinta, de cuya Archicofradía era Archivero. Como historiador, nos ha dejado monografías tan interesantes como «Les Cases dels Estudis i l'Hospital de la Santa Creu», «La devoció dels Consellers a la Verge de la Cinta», «L'Ermita de Mig-Camí», «Lo milacre de la Cinta», «Les Processons de la Santa Cinta», «Les Festes de la Santa Cinta», «Les Confraries de la Santa Cinta», «Les Imatges de la Santa Cinta», «Les Goigs de la Santa Cinta», «Les Relíquies de la Santa Cinta», «Les Indulgències de la Santa Cinta», «Les Capelles de la Santa Cinta», «Les Misses de la Santa Cinta», «Les Vestidures de la Santa Cinta», «Les Joies de la Santa Cinta», «Les Banderes de la Santa Cinta», «Les Campanes de la Santa Cinta», «Les Campanes de la Santa Cinta», «Les Campan